

Son y la causa de tu ciego encono,
 Olvido tu lenguaje irreverente
 Que mereció castigo, y te perdono.
 Por no ser al Estado conveniente
 Xóchitl no subirá conmigo al trono.
 Vuélveme tu amistad; yo te prometo
 Que habrá de ser mi sucesor tu nieto.

“Con esposa y amigos, si prudentes
 Júzgales tú, ve á Palpan cuando quieras,
 Y allí, en union de Xóchitl, sus parientes
 Permanecer podeis horas enteras.
 Aumentaré tus feudos y las gentes
 De mi favor señales verdaderas
 En tí verán sin tasa cada día,
 Sostén de la tolteca monarquía.”

No al padre halagan, no, promesas tales;
 Mas, trocado su enojo en desaliento
 Remedio por no hallar para sus males,
 Dióse á la soledad y á su tormento.
 Que si en pechos mezquinos ó venales,
 Caro lector, allá en tu pensamiento
 La deshonra y la dicha acaso ayuntas,
 En noble corazón no caben juntas.

SEGUNDA PARTE.

I

*Mueren los padres de Xóchitl.—El mal ejemplo del rey
 inficiona al pueblo.*

Desde que al lado de Xóchitl
 En gracias y edad el niño
 Fué creciendo, el rey dejóla
 Señora de su albedrío.
 Mas si rompió en apariencia
 La prisionera sus grillos,
 Quedó cerrada su cárcel
 Con el candado del hijo.
 Y en vano sus padres quieren
 Que vuelva al hogar tranquilo
 Donde la vieron dichosa
 Limpia el alma, el honor limpio.
 Ella sus consejos oye
 Sin resolverse á seguirlos
 Porque llevar no la es dado
 A Meconétzin consigo.
 Acusáronla de ingrata

En el postrimer suspiro
 La desconsolada madre
 Y el noble honrado y altivo.
 Ella, al saberlo, clavado
 Sintió en el alma un cuchillo
 Que es de irreparable culpa
 Remordimiento infinito.
 Y, no hallando ya del mundo
 En el inmenso vacío
 Quien cultive para ella
 La dulce flor del cariño,
 Al seductor apegóse
 Su infamia echando en olvido,
 Cual con el tiempo se apegó
 Al carcelero el cautivo.

Fuése á vivir de la corte
 En la opulencia y el brillo
 Poniendo fin al misterio
 De su deshonor asilo.
 Y como acrecen los años,
 Si cabe, sus atractivos,
 Más y más al rey impone
 El yugo de sus caprichos.
 Dió feudos en abundancia
 A sus parientes y amigos;
 Dispuso de las riquezas
 De la corona á su arbitrio,

Con larga mano impartiendo
 Al necesitado alivio.
 Empero de su privanza
 El ejemplo fué nocivo
 A la nobleza tolteca
 Y al pueblo recto y sencillo
 Que hasta allí culto en el trono
 A la virtud ha rendido.
 Y cuanto perdió el monarca
 Veneracion y prestigio
 Haciendo á la faz de todos
 Patentes sus extravíos,
 Tanto así ganan y cunden
 En los súbditos sumisos
 Antes á sus leyes sábias,
 Los reprobados instintos
 Del lujo y la inobediencia
 Y los placeres y el vicio.—
 Más fuerza traen si bajan
 De las montañas los rios,
 Y abrasa la luz del sol
 Si en el zenit está el disco.
 Quien de la social esfera
 Alcanza elevado sitio,
 Lleva ejemplo y enseñanza
 Del bien ó el mal en sí mismo.

II

Sube Meconétzin al trono.—Sus cualidades.

Al terminar Tecpancáltzin
De su gobierno el periodo,
Que hacen leyes y costumbre
Improrogable y forzoso;
Como aversion desde jóven
Tuvo siempre al matrimonio,
Carece de hijos legítimos
Y, cual antes ofreciólo
Al noble irritado, sienta
Al natural en el trono.

A éste alegan su derecho
Dos parientes no remotos
Quauhtli y Maxtlatin llamados,
Sabios, valientes y mozos.
Que entrambos en la nobleza
Cuentan partido es notorio:
Rigen Estados pequeños,
Arman ejércitos propios:
Si desairados se estiman,
Con pretenderlo tan solo

Pueden causar en el reino
Inapagable alboroto.
Es preciso complacerles
Y obrar con ellos de modo
Que su interes sigan viendo
En su adhesion, no en su odio.
Pensando así Tecpancáltzin
Halla de su fin el logro
Trayéndoles junto al hijo
A que le sirvan de apoyo.
Los tres á Tula gobiernan:
Empuña el cetro de oro
Meconétzin y le imparten
Consejo y luces los otros.

Aquel tomó de Topiltzin
El nombre, y la causa ignoro.
Es de apacible semblante
Con muy espresivos ojos,
Aunque le afea el cabello
Crespo y apretado y toseo.
Su gentil cuerpo en altura
Y fortaleza es un olmo:
Tiene el carácter afable,
Noble el ánimo y brioso.
Si manda es sin despotismo,
Si castiga es sin enojo;
En él amparo halla el bueno

Y, al par, la injusticia coto.
Y así en los primeros días
De haber ascendido al solio
Fué de sus padres orgullo,
Fué la esperanza de todos.

III

*Se acercan los tiempos anunciados por el astrólogo.—Vision
del rey en sus jardines.*

Mas ¡qué de esperanzas dulces
El viento menor abate
Cual árboles sin raíces,
Cual edificios sin base!
Tuercen el paso mancebos
Que solo ejemplos constantes
De honestidad y decoro
Contemplan desde que nacen.
¡Qué mucho, sí, que lo tuerza
Quien advirtió desde infante
Que en ir por senda torcida
Son los primeros sus padres!
¡Y más si debe á su origen
Ser combustible su sangre

En tiempo en que del contagio
La chispa cunde en los aires!

Tras años de marcha recta
Y de gobierno admirable
Que amor y alabanza escita
En su pueblo y los distantes,
Topiltzin de los placeres
Dióse á la corriente fácil
En cuyas ondas naufragan
Sus mejores cualidades.
No presta oído al consejo
De sus colegas cual antes,
Y da á sus reconvencciones
Por toda réplica ultrajes.
Con el poder absoluto
Se alzó por completo y hace
Dél eficaz instrumento
De sus pasiones vulgares.
Honra á cubierto no hubo
Ni hacienda ó virtud que alcancen
De su codicia ó torpeza
Con buena estrella á librarse.—
No de otro modo sin freno
Corriendo el potro salvaje
Malogra en las rubias mieses
Del labrador los afanes;
Enturbia del manso rio

Los transparentes cristales;
Huella y destroza las flores
Más esquisitas del valle.

Si aquesto debió Topiltzin
A cuanto mira delante
En palacio en su familia
Y afuera en todas las clases,
Dél estas imitan luego
En proporciones mas grandes
La corrupcion de que al cabo
El reino entero hace alarde.
Ni asilo contra ella fueron
Los venerados teocalis
Donde el fuego apagar dejan
De su pudor las vestales.
¡Oh ceguedad inaudita!
¡Pueblo infeliz, rey infame
Que así corréis al abismo
Abierto á vuestras maldades!

El corazon de Topiltzin
Disgusto mortal invade,
Y distraccion halla solo
En sus jardines y parques.
En ellos, cabe una fuente
Cuyo murmurio le place,
Quedó un dia, si dormido

O si despierto, no sabe.
A su inmediacion, del bosque
Llega en giros espirales
Sobre las alas del viento
Y con las suyas de esmalte,
Buscando las florecillas
Que guardan miel en el cáliz,
Bello colibrí, del íris
En sus colores imágen;
Pero mostrando espolones
Que en él hasta allí vió nadie.
Consigo mismo irritado,
Pues piensa en aquel instante
Que su loca fantasía
Engendra caprichos tales,
Cierra sus ojos el rey,
O bien los lleva á otra parte
A la sazon que se allega
Del limpio caño á la márgen
Con grandes astas de ciervo
Liebre espantadiza y ágil;
Y que del bosque á la entrada,
Con blancas ropas talaes,
Se le aparece la sombra
Del astrólogo Huemántzin.

Privóse el rey de sentido,
Sin que al recobrarlo aclare

Si fueron estas visiones
Hijas del sueño ó reales.

IV

*El hambre y la peste.—Quauhili y Maztlatin
se rebelan.*

En Tula por entonces de las aguas
Regia la estacion:
Sin tregua en el espacio de cien dias
Con sus noches llovió.

Tempestad y huracanes y granizo
Crecido y destructor,
A la lluvia tenaz su horrible furia
Mezclan en confusion.

Todo anegado fué, menos las cumbres
Que el pueblo coronó,
Arboles y animales flotar viendo
Desde allí con pavor.

Dique á sus cataratas pone el cielo
Al cabo, y el crespon

De las espesas nubes se desgarran
Y limpio brilla el sol.

Cuando la tierra en sus profundos senos
Las aguas absorbió,
Se hallaron sin hogar ni sementeras
Magnate y labrador.

Este en vano en las húmedas montañas
Sulcos sin dilacion
Apresta del maíz al amarillo
Grano que preservó.

Cual si hubiese agotado los tesoros
De rios y vapor,
De sus lluvias el cielo más de un año
Niega á la tierra el dón.

Suele oirse del trueno allá á lo lejos
La retumbante voz,
Y á esperar el chubasco alegres suben
Las gentes al peñol;

Mas la nube se aleja y, si de día
Insólito calor
Reina, noche con noche sus escarchas
Esparce el aquilon.

Secas las fuentes y la mies sin jugo
 Y el árbol sin verdor
 Quedan, y emigran á remotos campos
 El águila y coyotl.

En vano el pueblo en numerosos grupos,
 De víveres en pos,
 En los semblantes retratada el hambre,
 Acude á su señor.

¿Qué puede el rey más alto de la tierra
 Hacer por su nacion
 Si ésta las plagas sufre que la envia
 La cólera de Dios?

Del trono mismo al pié la débil madre
 El cándido licor
 De sus pechos al niño dar no pudo
 Que en ellos espiró.

Tras el hambre, la peste las ciudades
 Convierte en panteon.
 ¡Cuán pocas vidas en el reino deja
 Su infatigable hoz!

¡Dichosos ¡ay! los que murieron antes
 De estos dias de horror
 En que se pega al paladar la lengua

Y estalla el corazon!

.....

Contra el rey, sus torpezas señalando,
 Su irreligion y horrible tiranía
 Cual causa de los males que sufría
 El pueblo, alzóse grita general.
 Y Maxtlátin y Quauhtli, que se han visto
 Casi arrojados con baldon del trono,
 Salen de Tula huyendo del encono
 De su enemigo y de la peste al par.

A Xalisco sus pasos enderezan
 Y en armas, al llegar, ponen su gente:
 Unen á sus dominios prontamente
 Varias provincias que de Tula son.
 De guerra el grito resonó en los campos,
 Y al arder las fogatas en la cumbre,
 De escuálidos labriegos muchedumbre
 Cerca de los rebeldes el pendon.

Topiltzin se acobarda, conociendo
 Que le será funesta la pelea;
 Pero con rico dón se lisonjea
 De mantener la necesaria paz.
 Y, por esfera una esmeralda enorme
 Y la mesa y pared de oro macizo,
 Un juego de balon al punto hizo

A sus diestros artífices labrar.

Con máquinas y mozos á millares
 Cuando acabada fué tal maravilla
 La envia á sus contrarios, y se humilla
 El rey hasta pedirles su amistad.
 “¿A qué á Tula venis si larga seca
 Y el hambre y pestilencia asoladora
 Tienen mi reino convertido agora
 En asiento de muerte y soledad?”

Aquesta arenga al emisario enseña;
 Mas, del regalo viendo la valía
 Y el miedo femeníl de quien lo envia,
 La audacia del rebelde se aumentó.
 Jamás el oro la codicia apaga,
 Y antes bien la estimula y acrecienta;
 Ni la desdicha ni el peligro ahuyenta
 Quien acercarse viéndolos tembló.

Sin dón alguno y con respuesta ambigua
 A la corte regresa el emisario:
 De Tula á poco el llano solitario
 Vió al enemigo ejército llegar.
 Y aunque éste, con salvajes alaridos
 Que amedrentada la ciudad escucha,
 A todo morador provoca á lucha.
 El débil rey le recibió de paz.

Plazo pidió para medir sus armas
 Con aquella irritada muchedumbre,
 Y se le concedió, por ser costumbre
 De improviso jamás acometer.
 Y hácia Xalisco Quauhtli con su gente
 La vuelta al punto da, pues allí en vano
 Buscara de maiz un solo grano
 Y fuente ó pozo en que abreviar la sed.

Así del mar las encrespadas olas
 Su límite al besar playas adentro,
 Vuelven con rapidez al hondo centro
 Cuyos negros abismos nadie vió;
 Mas, al influjo de los astros, tornan
 A invadir la ribera al otro día.—
 Se han de llevar el cetro y monarquía
 Cual la olvidada red de un pescador.

V

Topiltzin organiza su ejército.

El plazo concedido al rey de Tula
 Fué, según averiguo, de diez años,
 Y la ruda invasión de los rebeldes
 Causó de pronto en él plausible cambio.